



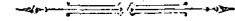
# CARTA POLÍTICA

—AL—

Señor Ignacio Robles

Gobernador de la Provincia

DEL QUAYAS.



GUAYAQUIL.—1897.

Imp. de EL GRITO DEL PUEBLO.



## Carta Política.

Sr. D. Ignacio Robles.

Muy señor nuestro :

Expresar la verdad clara y lealmente, no es cosa exenta de peligros. Expónese quien la profiere á ser blanco de odios peligrosos, ó cuando menos á falsas interpretaciones.

En el cumplimiento del deber, y tratándose de asuntos de vital importancia, no es obra de buen ciudadano, darse cuenta de tales temores. La patria tiene altares, y hay que acercarse á ellos aunque se consumen sacrificios.

Al dirigirnos á U. Sr. D. Ignacio, acaso estén fuera de lugar, semejantes razones, ni tales inconvenientes. A los intereses del Ecuador, el prestigio del nombre de U., conviene poner en evidencia cuanto ha ocurrido durante el régimen actual.

En noche histórica, cuando á la caída de Poderes desacreditados parecía zozobrar también la República, la voluntad unánime de ciudadanos escogidos, designó á U. como la persona mas adecuada para que se pusiera al frente de la situación.

En la actualidad, bajo la égida de la Constitución, aunque no libre el país de tribulaciones y cuidados, el Presidente de la República, confía á U. el alto cargo de Gobernador de esta Provincia.

Tal distinción, en una y otra época, dejando aparte consideraciones de amigos y enemigos, dan á su persona verdadero prestigio, así como le impone deberes y responsabilidad de alta trascendencia.

Todavía mas. En la esfera de simple ciudadano contribuyó U. de modo activísimo para el derrumbamiento del régimen anterior; como hombre de partido, puso empeño para que la dirección del Poder, pasara á liberales de mérito.

Ahora bien, preguntamos al Magistrado, al antiguo revolucionario, al liberal convencido, ¿ las cosas realizadas en esta ya larga etapa, desde la renuncia de Cordero, hasta la fecha, corresponden de algún modo á los propósitos y aspiraciones que acariciamos al comienzo de la transformación ?

Preguntamos otra vez. ¿ El pro-

ceder de nuestros mandatarios, las resoluciones de la Asamblea última, la situación actual en fin, puede ser la obra triunfal de un partido histórico, de abnegación y honradez, enaltecido con los nombres y hechos de Rocafuerte, Moncayo, Gómez de la Torre, Carbo, Mestanza, Urbina, y también el padre de U.?

La repuesta no la exigimos de Ud; la va á dar la triste realidad de los acontecimientos.

La revolución última, cuesta al Ecuador lo que ninguna otra: se han gastado cosa de quince millones de sucres; han perecido más de dos mil ciudadanos en los campos de batalla.

Tales cifras horrorizan. Quince millones de sucres. ¡ dos mil ciudadanos! Unos y otros elementos empleados en la obra-luz, obra-redención, obra-prosperidad y progreso, bastaría para unir con vías ferreas las ciudades de Quito y Guayaquil.

Sacrificios tan inmensos de sangre y de dinero, evidentemente sólo se explican por grandes motivos y con la seguridad de grandes provechos. Y no faltaron tales requisitos.

La honra nacional imponía el aniquilamiento de una oligarquía desmoralizadora que llevó su infamia al extremo de especular con la bandera nacional. Era menester

concluir con la supremacía de un hombre audaz, que se creyó poderoso por la impunidad prestada á sus faltas tanto públicas como privadas.

La revolución consiguió esto y en verdad de la manera más brillante.

Recuperado á costa de sangre el honor, quedaba la segunda tarea, la inmensa labor de reconstruir la patria de acuerdo con los principios liberales de las sociedades modernas.

El partido liberal volvía después de largos años al Poder. La actitud conservada durante épocas aciagas, la fé guardada á su credo político, las virtudes cívicas de antiguos miembros, hacían concebir las más bellas esperanzas. Su acceso al Gobierno, significaba la desaparición de vicios inveterados, el aniquilamiento de elementos nocivos, que habían impedido llegara el Ecuador á la suma de progreso, que han alcanzado naciones del mismo origen, pero más afortunadas.

Varias otras circunstancias daban seguridad á tales previsiones. La República aleccionada por la experiencia, buscaba nuevos elementos para el trabajo, base segura del bienestar. El partido conservador yacía desmembrado: en tiempo muy corto, había perdido á sus hombres más notables: Salazar, Herrera, Enríquez, Mera, Cevallos Salvador. Los otros sobrevivientes de impor-

tancia, andaban en desacuerdo, y en todo caso no podían intentar una reacción inmediata.

Los triunfos de Gatazo, Girón y San Miguel, implicaban el sometimiento incondicional de todas las fortalezas antiliberales.

Pero más que todo, cuál prenda de bienestar y bonanza se destacaba la figura del caudillo liberal, enaltecida con el afecto de corazones entusiastas, y aclamado por los labios de millares de ciudadanos. En materias de fanatismo popular, de simpatías desinteresadas por un hombre, nada más grande ha visto el Ecuador. Alfaro para los pueblos de la costa, ha sido más que un caudillo, un héroe; más que un héroe, un ídolo. Se le ha divinizado.

Tales ventajas, lo repetimos, era de esperar, contribuyeran no sólo á facilitar el buen desempeño de las faenas del poder, sino á dar brillo poco común á la nueva administración.

Mas vengamos á cuentas; tomemos el balance de nuestras libertades; comparemos la situación actual con la de épocas anteriores.

El partido liberal ecuatoriano, tiene á honra y está en lo justo, de haber combatido contra García Moreno. Condenaba de aquel mandatario, su voluntad avasalladora, sus tendencias sanguinarias, su aver-



la persona, no contra la hacienda.

Cuanto se relata de extorsiones, ó mejor dicho, de asaltos á la propiedad cometidos en la sierra, de ser cierto, abochornaría hasta á los salvajes de Oriente. Se hace un deber confesar que el General Alfaro, no sólo fué ajeno á semejantes actos, sino que los ignora hasta hoy.

Resumir siquiera lo que se dice y asegura, haría la tarea enojosa. Sirva un solo hecho, para apreciar los extremos á que parece se ha llegado.

La riqueza del interior, la constituye en su mayor parte, propiedades de ganado vacuno. Contribuciones llamadas de guerra de no ser pagadas en dinero, debía cubrirse el fisco, vendiendo animales tomados de las haciendas de los propietarios gravados. Mas sea por la abundancia de las reses ofrecidas en venta, sea porque el público rehusara adquirir las, por repugnancia al origen de que procedían, sucedió que las autoridades se vieron con animales y sin dinero. Una gran medida financiera, resolvió la dificultad. Dióse orden para que en mataderos públicos, sólo se expendá carne de las reses *pertenecientes al Estado*. Hechos tan escandalosos no pueden ser de invención ecuatoriana, ella dimana de alguna sentina importada. Santa, bendita virtud, la vergüenza. Miembros del partido radi-

cal, apóstoles, llamados del progreso, convertidos en cuatreros y matarifes.

Pasemos á ciertas libertades públicas.

El sufragio popular, no sólo en las repúblicas democráticas, aun en los países monárquicos, constituye la piedra angular del orden político. Las urnas electorales, han venido á ser una especie de tribunal supremo, que lo resuelve y subsana todo. En Inglaterra, en Francia, hay un conflicto entre las Cámaras y el Gobierno, el remedio es sencillo: apelar al sufragio. Los nuevos diputados elegidos, darán la razón al poder que lo tenga. En Suiza, país modelo por su organización, las leyes ni la Constitución, tienen vigencia sin el referéndum popular, obra del sufragio.

Entre nosotros, las elecciones populares, con muy ligeras excepciones no han sido otra cosa que un amargo sarcasmo. En los tiempos de dominación de la oligarquía, se llevaron los hechos, al colmo del escándalo. Un soldado sufragaba hasta cuatro veces.

Correspondía á la última Constituyente, prevenir la repetición de tales atentados. No lo hizo ó no le convino hacer. La ley de elecciones actual, lo mismo que la anterior, concede el derecho de votar á la cla-

se militar. Se han convertido los cuarteles en cuerpos electorales.

Las consecuencias de sistema tan pernicioso, acaban de palpase en esta ciudad. Ni la hermosa circular dirigida por Ud., único documento de espíritu verdaderamente liberal, que ha visto la luz pública, en toda esta época llamada de regeneración, ha logrado evitar escándalos. La Artillería ha lucido sus cañones, en la elección para concejeros cantonales. ¡Qué será más tarde! Por dignidad de la provincia del Guayas, debía renunciar el derecho de sufragio, tal como se lo concede en la actualidad. Obligada por su importancia política y económica, á sostener en sus poblaciones, la mayor parte del ejército de la República, se hace evidente, que siendo éste, el único elector, jamás los ciudadanos civiles podrán enviar á las Cámaras siquiera un Delegado de su plena confianza.

Entre las instituciones modernas, ninguna más valiosa ni más querida para los pueblos que la libertad de imprenta. Con sólo ella, se conquistan todas las demás. Sería injusto no reconocer que tanto Flores como Cordero, la respetaron hasta en sus abusos. Hay más, tanto el triunfo de la revolución como el avenimiento del General Alfaro al Poder, se debe exclusivamente al influjo de la

Prensa: ella puso en claro el crimen cometido; ella iluminó al pueblo; fulminó rayos contra los culpados, y produjo el desconcierto y desbande del ejército enemigo.

Ni las consideraciones precedentes, ni la gratitud que se le debía, han pesado gran cosa en obsequio de los fueros que corresponden á tal institución. Nadie ignora el famoso úkase que ocasionó la renuncia del Ministro doctor Tamayo. Queríase establecer la censura policial. Ningún Diario ni publicación podía ver la luz pública sin tal requisito. Era el sistema ruso.

Por fortuna, semejante monstruosidad no fué consumada. Mas esto no significa gocen los escritores de plenas garantías. Yacen en el destierro algunos ecuatorianos por el delito de haber expresado ideas, desagradables á las autoridades. Se ha ido todavía más lejos: turbas, según se dice, incitadas por las autoridades, han vejado á redactores de periódicos y destruído más de una imprenta.

Entre los trabajos serios, que esperaba al Gobierno radical, en el ejercicio de sus funciones, ocupaban preferente lugar, los arreglos que demarcasen la esfera de acción del Poder civil y eclesiástico, y sirvieran de base para mutuas relaciones.

El clero ecuatoriano, en estos últi-

mos años, es deber decirlo, volvióse intolerable. Había convertido la religión en instrumento de ambición y agitaciones políticas, haciendo pesar la autoridad del sacerdocio en sentido poco evangélico, tanto en el hogar como en la administración de la cosa pública. Tenía tribunales de justicia, su voz era absoluta en los Cuerpos Legislativos, era de su exclusivo dominio la instrucción pública, y había conseguido prevaleciera el texto del Concordato, sobre las disposiciones de nuestra Carta fundamental.

Para remediar tales demasías, se debió contar con las sobresalientes prendas y buena voluntad de León XIII, quien ha reconciliado la Iglesia con el Siglo; quien, merced á su espíritu previsor y política elevada, ha dado solidez á la República Francesa; quien se muestra hostil á las aspiraciones del Carlismo en España; quien no esquiva sus bendiciones á determinados congresos socialistas; no podía, no puede ser indiferente á demandas justas, y que redundan en obsequio del bienestar de los pueblos, y de la tranquilidad de la Iglesia.

En vez de seguir este camino, se ha optado por el de las inconveniencias. Se ha hecho lujo de una clero-fobia desusada; se ha escandalizado el sentimiento católico de la mayoría

de la nación, se ha proscrito en masa á Congregaciones, algunas de ellas indudablemente útiles. Y cuál el resultado de todo esto? Continuar lo mismo ó peor que antes. El General Alfaro asustado del aspecto que tomaba el asunto religioso, intentó una evolución, que sin procurar el menor apaciguamiento, ha puesto en evidencia que estima muy en poco las cualidades de sus hombres de Estado. No somos amigos del señor Albán Mestanza: ni aprobamos en conjunto sus actos como Ministro; mas es justo reconocer son muy contados los que como él, en la actualidad, han dado pruebas de ser hombre de partido. En el desempeño de su cartera, se manifestó verdadero radical; esto ha motivado su caída.

De indagar, aun sin mucha detención, las principales causas del engrandecimiento de los pueblos, se llega al resultado de que son dos las principales. Fomento de la instrucción pública y atinado y honrado manejo de las rentas nacionales.

En lo relativo á la primera, si bien los ecuatorianos no podíamos estar orgullosos de contar con planteles modelos de educación, debía complacernos de no ser de los más atrasados en Sud-América. Todos los gobiernos, cual más cual menos, habían prestado apoyo y atención á ramo

tan importante. Aumentar siquiera el número de escuelas primarias, vino á ser como punto de amor propio de las últimas administraciones. Debido á esto, la estadística oficial en la cual sólo figuraban las cifras de planteles como de alumnos, pregonábanse por todos los ámbitos, como prueba de ventura patria.

No se diga buscamos sombras para oscurecer lo presente. Apelamos al testimonio de los padres de familia, al de todos los que se interesan por el bien público; al concepto imparcial del actual Gobierno, para que se diga si el estado de la instrucción pública tiene hoy algo de halagador. Quitar al clero el monopolio de la dirección de la juventud, pudo estar bien. Más se pensó en los profesores que debían reemplazarlos? Ha ocurrido al tomar esta medida, algo triste y bochornoso. Se resolvió fundar un colegio con profesores laicos traídos del exterior. Se los hace venir de Colombia. Nada hay de vituperable en esto; países adelantados como Chile colocan en las Cátedras de enseñanza á individuos de otras nacionalidades. Llegaron pues los maestros pedidos por nuestro Gobierno. Qué ocurre? Se había olvidado la penuria del fisco; el presupuesto del nuevo plantel parece excesivo; vuelvan esos señores á lomo de mula, recorran nuevamente los

miles de kilómetros ya andados. Ellos á donde vayan, serán la prueba evidente de que el Ecuador no cuenta con lo necesario para la conservación de un colegio.

La administración de nuestra hacienda pública, ha dejado en toda época, mucho que desear.

Pocos hombres competentes, podemos designar para el buen desempeño de tan importante ramo. Mas á decir verdad, hasta hace poco, eran desconocidos en el Ecuador, manejos y especulaciones indebidos, por no dar otro nombre á ciertos actos de funcionarios públicos, tan comunes en países americanos, como en algunos de Europa.

Fué Caamaño el fundador de tan peligrosa escuela. Toda la vivacidad de su carácter, como su modo de ser de duplicidad é intriga, puso al servicio de cuanto podía procurarle lucro. Con el mismo ardor se prestaba á pequeñas raterías, como á las maquinaciones mas árduas. Trasladó el producto de las rentas públicas á caja particular. Cualquier acreedor del fisco, obtenía pago más inmediato, acudiendo antes que al Tesorero nacional, á las faltriqueras del Magistrado audaz.

Cualquier orden de cosas que le sucediera debía tener por base, la extirpación completa de actos tan punibles, así como la reforma más



completa en la situación económica de la República.

Lejos estamos de creer se cometan hoy los atentados de antes. Esto sería para perder toda esperanza. Pero aún las personas mas alejadas de la cosa pública, están unánimes en afirmar, que á la inmoralidad antigua ha reemplazado el derroche, á los malos manejos de la oligarquía, la prodigalidad indebida, la multiplicación de gastos, el desangre y aniquilamiento de todas las fuentes de vida de la nación.

Con la terminación de la guerra civil, en vez de buscar remedio á tales males, se ven crecer día á día. El tesoro sigue completamente exaharsto y no se diga han disminuído las fuentes de entrada. Los impuestos han sido aumentados de una manera abrumadora, y casi todas las rentas, son mayores que en otras épocas. Las importaciones de Aduana, debido á las pérdidas de mercaderías ocasionadas por el incendio, montan á sumas extraordinarias.

A los ingresos naturales, hay que añadir otros que no le corresponden al Gobierno. Dispone del 20% de los derechos destinados á obras de instrucción y beneficencia. Dispone del producto que pertenece al servicio de la deuda exterior; ha consumido todo el producto de los bonos emitidos con autorización de la Asam<sup>a</sup>

blea; casi mensualmente contrae empréstitos con los Bancos, contratos que llevan ¡ay! el riesgo de comprometer la solidez de instituciones que son el único elemento de progreso y crédito de la nación.

Sin embargo, el Gobierno tiene dificultad hasta para el pago de las raciones del ejército. Ultimamente se ha reducido el sueldo de los empleados civiles. El público se preocupa con razón. La pregunta ¿qué se hace el dinero? murmuran muchos labios.

Hechos imprevistos, cosas inesperadas, desempeñan en los cambios políticos, un papel importante, y son por lo común, el origen de errores y desconciertos. El ritmo del progreso casi siempre lento, parece no se aviniese á las sacudidas violentas.

En la última transformación, lo inesperado, las improvisaciones han llegado á sus últimos límites. El país ha ido de sorpresa en sorpresa. A una generación ha reemplazado otra. Se ha forjado una falange de héroes, cuyo número pesa como una montaña sobre el tesoro público. La revolución ha tenido semejanza con el microscopio, en lo de aumentar las dimensiones, y hacer visibles á seres desconocidos. En la tumba de Marceau se lee todavía la inscripción siguiente: «Soldado á los diez y seis años --General á los veinticuá-

tro—Muerto á los veintisiete.» Las generacionés que vienen, en los cementerios patrios, talvez lean epitafios mas gloriosos. En menos de un año, á niños se los ha convertido en héroes, á zurcidores de sueltos de crónica en Ministros; á dependientes de quincallería, en grandes financistas; á acólitos de prebendados en grandes Diplomáticos, Padres conscritos.....No continuamos. La enunciación de hechos reales, puede se tome como alusiones ofensivas á determinadas personas. Nada mas ajeno á nuestro propósito.

Por no fatigar más la atención de usted, señor don Ignacio, vamos á dar fin al presente trabajo sin que estén agotadas las materias que bien mereceu estudio. El cuadro es ya bastante sombrío, para detenerse en detalles que motiven sospechas, por creer entrar en nuestro ánimo intenciones subversivas ó prevenciones de partido.

Ni lo uno, ni lo otro. Experiencia dolorosa nos aleja de las revoluciones, por no creerlas medio eficaz para dirigir á nuestra patria á mejores destinos. El conocimiento de los actos y de los hombres del partido conservador, nos hace temer su reacción como una gran calamidad.

Nuestra intención al dirigirnos á usted, vamos á precisarla con claridad y honradez.

Ha sido usted, llamado recientemente, á ocupar un puesto de los primeros,

en la actual administración; goza, según opinión general, de valiosa influencia cerca del Presidente de la República. Tales hechos, lo ponen á usted en situación muy favorable para contribuir á dar nuevo rumbo á la dirección gubernativa, y por qué no decir, para influir en la salvación de la honra del partido, y quizá de la nación misma.

Con este fin, hemos querido primero rememorar los hechos, para á modo de examen de conciencia, llegue usted á la puntualización de los yerros cometidos. No se atina con la curación de una dolencia, si primero no se tiene conocimiento pleno de ella.

En cuanto á los medios de que pueda disponer para dar cima al objeto de nuestro empeño, sería por demás le sugeriéremos plan alguno.

Los males puntualizados designan los remedios.

El momento todavía es propicio para llegar á una evolución salvadora. El General Alfaro, disfruta todavía de una popularidad envidiable. El país no ansía otra cosa que gozar de tranquilidad. Vuelva el General Alfaro á sus antiguos principios; deje de ser prisionero de ambiciosos vulgares; tienda la mano á la hombría de bien, á la juventud levantada, á la inteligencia, agrupe en torno suyo, todas las energías, y el país se habrá salvado. Para ello, necesita firmeza, rectitud y desinterés.

De no conseguir desgraciadamente esto, la situación se impone, para que

os liberales genuinos adopten una actitud digna de sus tradiciones y de los verdaderos intereses de la nación. Hará que llegar al deslinde de responsabilidades.

Si bien hasta hoy, ciudadanos notables como Vela, García, Tamayo y otros más, han puesto en alto con su proceder, la bandera á que pertenecen, existe no obstante cierta confusión por la cual pudiera imputarse al partido liberal una solidaridad que no le corresponde.

La política de colaboración está bien mientras haya acuerdo en las ideas y en los medios para llevarlas á la práctica. Rota esa armonía, todo compromiso desaparece.

El partido liberal, en ningún caso pensaría alterar por medio de las armas el orden establecido. Más libre de acción, y sin responsabilidades para el futuro, seguirá en su propaganda tradicional de honradez cívica, de libertad bien entendida, de progreso y de justicia.

## UNOS LIBERALES.

Guayaquil, Noviembre 24 de 1897.

